

A lo lejos, en un internado exclusivo para jóvenes precoces, se escuchaba el repicar de las campanas, pero adentro solo una voz hacía eco entre los presentes. A pesar de los letreros que invitaban al silencio, la voz insistentemente rompía la quietud diciendo: “Por acá, por acá”. Después de levantar el banderín y esperar a que todos se reunieran, la historiadora inició su explicación:

«Los hombres corrían despavoridos. “Ya viene, va a regresar otra vez”, decían preocupados mientras cruzaban el camino lleno de polvo y hojas secas. El viento soplaba cada vez más fuerte, y una nube con inmenso poder amenazaba con descargar la lluvia. No había dónde guarecerse. Solo se avistaba una cabaña debajo del árbol más frondoso del lugar.

Un espantapájaros, Horacio, clavado a la madera y vestido con paños descoloridos, les sonreía y, con los brazos extendidos, les decía: “Vengan a mí”, y aunque fatigado, insistía: “Pasen a mi casa”.

Los hombres, obcecados, lo ignoraban. Sus preocupaciones cotidianas eran mayores que su miedo. Sin embargo, llegó la lluvia, y el lugar cambió de color; donde antes el amarillo lo iluminaba todo, ahora el gris lo oscurecía.

Una mujer impoluta y agotada, que cargaba a su hijo, se acercó a Horacio, quien, al verla, la reconoció. “¿Puedo pasar?”, preguntó ella. “Adelante, María”, contestó Horacio. La mujer entró a la cabaña y, al abrir la puerta, una grata sorpresa se llevó. “La casa de Horacio está llena de luz”, pensó.

Bajo la tormenta, los relámpagos intensos rasgaban la oscuridad, instando a los hombres, ya empapados, a buscar refugio. Dirigieron su mirada hacia el árbol donde antes estaba la cabaña, pero, para su sorpresa, no encontraron rastro de ella. Confundidos y temerosos, se volcaron hacia el espantapájaros, exigiendo una explicación. Tal era su alboroto que un sacerdote que pasaba por ahí los oyó discutir. Asombrado e incrédulo, el clérigo exclamó: ‘¡Jesús, es un dogma!’ y, sin perder un instante, se persignó.

Mientras tanto, a un lado del tumulto, una discusión diferente comenzaba a tomar forma. Un hombre librepensador hacía su caminata diaria y esta escena le llamó la atención. Resguardado bajo su paraguas, se aproximó al cura y, parafraseando a Hermes Trismegisto, afirmó: “En verdad os digo, así como es arriba, es abajo”. Ambos se enfrascaron en una charla que poco a poco se

convirtió en debate. Cada uno buscaba convencer al otro de que tenía la razón. No les importaba que el espantapájaros yaciera maltrecho en el suelo, rodeado de un charco de agua y con dos gotas resbalando de sus ojos. Entretanto, el resto de los hombres, arrepentidos, rezaban y se culpaban entre sí.

Poco después la lluvia cesó y el sol, radiante, llenó de luz el lugar pintándolo de amarillo nuevamente. Todos aprovecharon para seguir su camino, dejando a solas al espantapájaros que recién se había levantado.

Los hombres, al tercer día, vieron en el mismo camino a Horacio, pero no lo saludaron; el agua le había arrancado los clavos y, mientras triste caminaba, buscaba entre el polvo y las hojas secas la sonrisa que los hombres, de su alegre rostro, le habían borrado. Su silencio era elocuente. Le dolía más su indiferencia que el reclamo y la hostigación.

El hombre culto, acostumbrado a caminar a esa hora, sacó su reloj de bolsillo y miró hacia el cielo buscando el sol. Enseguida se colocó los lentes oscuros, convencido de que el mal tiempo había pasado».

Con estas palabras, la historiadora terminó de explicar la pintura 'Mimesis', más conocida como 'La sonrisa de Horacio', añadiendo: "Es una obra contemporánea que captura la dualidad del ser humano. Además, es tan inusual, que, a pesar de no tener género definido, resulta profiláctica".

Justo antes del cierre del museo, un joven pintor se acercó a un crítico de arte que anotaba los detalles de su última obra, recién explicada por la guía, y le preguntó: "¿Qué opinas?". El crítico guardó su pequeña libreta y respondió: "Sublime, casi habla".

El pintor, mostrándose insatisfecho, comentó: "Sin embargo, creo que algo le falta". Tras observar minuciosamente la dicotomía y el contraste entre las dos caras de la pintura, separadas por el espantapájaros, tomó un pincel y, ante la atenta mirada de todos, le devolvió con un toque creativo la sonrisa a Horacio. La reacción del público fue inmediata: mientras algunos elogiaban su valentía y originalidad, otros protestaban exigiendo que se reparara el daño.

Este rasgo inusual generó controversia en el mundo del arte contemporáneo, dotando de fama el sutil trazo alargado sobre la comisura labial y elevando significativamente el valor de la obra.

Las campanas volvieron a repicar anunciando un nuevo día. Esta vez su sonido era más fuerte. En el internado, el frío de las paredes mantenía a los jóvenes acurrucados en sus camas, pero la tercera llamada los despertó a todos, excepto a uno.

“Horacio, despierta”, instó el instructor de arte, sacudiéndolo suavemente y extendiéndole unos pinceles. “Es hora de tus deberes”, añadió.

Al abrir lentamente los ojos, la sonrisa de Horacio se desvaneció, reemplazada por una sensación de desconcierto al enfrentarse nuevamente a la cruda realidad. A pesar del malestar, se levantó y se acercó al caballete. Allí, ante él, se reveló la 'señal' que obsesivamente había estado incubando en su sueño tormentoso, lleno de relámpagos: finalmente supo cómo expresar la dualidad. Con un renovado entusiasmo, retiró el velo de la pintura y quedó asombrado. Lo que vio lo dejó sin aliento: la imagen había cambiado completamente desde la noche anterior, de ser un espantapájaros imbuido de técnica postimpresionista, estilo Van Gogh, ahora era un lienzo lleno de posibilidades, sin rostro definido ni dicotomía clara, pero esperando ser completado.



Sonriendo ante la epifanía, agradeció internamente esta doble revelación. Después de varios bocetos preliminares, su mano fue guiada por una inspiración inesperada hacia la perfección. Con cada pincelada, Horacio dio vida a su obra maestra.

Sin embargo, los expertos aún discuten su autenticidad. Algunos afirman que la pintura en realidad fue creada usando Inteligencia Artificial y que Horacio solamente la retocó en público, como un gesto de su técnica vanguardista.

La versión final de la obra se puede admirar en el internado abandonado en las montañas del Himalaya, ahora convertido en museo, y es una visita obligada para los amantes del arte. Para aquellos que no pueden viajar, se ofrece esta imagen de la misma, generada por el software ChatGPT, tomando en consideración la descripción proporcionada por la historiadora al inicio del cuento.



